

Orobitg, Gemma, coord. 2020. *Medios indígenas. Teorías y experiencias de la comunicación indígena en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, Vervuert. 419 pp. ISBN: 978-84-9192-100-4

El contenido de “Medios indígenas” tiene dos características principales: la comunidad antropológica española y los pueblos amerindios. Así, de los dieciséis autores reunidos, catorce están vinculados a universidades españolas (sobre todo a la Universidad de Barcelona, pero también a la Universidad Complutense de Madrid); y de trece capítulos, once tratan sobre poblaciones indígenas (de los cuales, ocho se concentran en pueblos sudamericanos).

En su introducción, Gemma Orobitg propone este libro como una etnografía comparativa de “las prácticas indígenas en torno a las tecnologías de la comunicación” (p. 9) y de las “ideas culturales” que las “subyacen” (p. 11). Luego de repasar cada capítulo, la autora destaca tres elementos del conjunto: la marginalidad, la oralidad y la radio. Con respecto a esta última, afirma que habría llegado a ser considerada como propia entre los pueblos amerindios investigados (a diferencia de “la prensa, la televisión, [o] incluso el vídeo, [que] son considerados como tecnologías de comunicación ajenas” (p. 11). El capítulo de Mónica Martínez sobre los guna de Panamá también destaca la antigüedad de su relación con la radio —que “es muy probable” (p. 43) que llegara en la década de 1940—, y el de Francisco Gil, sobre la radio en el norte de Argentina, habla incluso de una “casi obligación de expresar otra palabra” (p. 176).

En lo que concierne a los otros dos elementos destacados por Orobitg, la marginalidad y la oralidad, nos parece que constituirían más bien aspectos de una relación que atraviesa, de manera más o menos explícita, todos los capítulos de “Medios indígenas”: aquella entre la palabra y el poder. En efecto, Oscar Muñoz, por ejemplo, muestra “las dinámicas que los denominados ‘comunicadores populares’ han puesto en circulación para incorporar su posición y acciones dentro del sistema de cargos políticos en las regiones de Chuquisaca y Potosí” (p. 89). También Pedro Pitarch señala que, entre los tzotziles, “la jefatura y las posiciones de autoridad” descansan, como en tantas otras sociedades amerindias, en “la palabra” (p. 73).

Ahora bien, esta asociación general entre palabra y poder tiene al menos dos inflexiones en este libro: por un lado, está la relación entre la palabra y acciones de tipo “ontológico” y, por el otro, entre la palabra y formas de poder “secular”.

Comencemos con los capítulos que ilustrarían esta última inflexión. Los temas abordados por ellos son de dos tipos: sea el activismo de “resistencia” frente al exterior, sea la pugna o competición interna por el poder. El primer tipo es el más frecuente: así, Martínez sitúa la radio —en contraste con otra “esfera más tradicional y espiritual” (p. 56)— en una “vertiente más secular” de la práctica guna de tomar la palabra en público; y Beatriz Pérez observa la radio como “un espacio de... agenciaamiento” (p. 119) que permitiría a las mujeres bolivianas “luchar por la defensa de la

diferencia cultural” (p. 119) y “por los derechos de las mujeres indígenas” (p. 116) en contextos de “discriminación, racismo y desigualdad” (p. 116). En el caso de las relaciones entre pueblos indígenas y los festivales de cine indígena, tanto Sebastián Gómez como Gabriel Izard, exploran cómo dialogan los indígenas (o el cine producido por ellos) con las imágenes producidas por el Estado y las ideologías asociadas al extractivismo en Colombia y en Panamá. Izard, por ejemplo, describe “un grupo étnico preocupado y movilizado por unos territorios amenazados y por su cultura” (p. 233), “una cultura que se resiste a desaparecer” (p. 234). Y en el caso de las redes sociales, Gemma Celigueta también resalta la “defensa de lo indígena” (p. 315) en el “movimiento para la protección de los tejidos mayas” (p. 294) en Guatemala.

Este primer tipo de la versión secular de la relación entre palabra y poder (que podría llamarse el tipo “activista” o “resistente”), implica, pues, lo que la introducción llama “la marginación y el trato denigrante del que son objeto los pueblos indígenas en las sociedades latinoamericanas” (p. 29). Varios capítulos del libro enfatizan diversos grados de esta marginalidad. Por ejemplo, aquellos dedicados a las redes sociales (es decir, los de Marta Pons y Roger Canals) abordan cultos religiosos de corte marginal, tales como las “religiones afrocubanas” en España y “el culto a María Lionza” en Venezuela, respectivamente. Los capítulos dedicados a la televisión, por su parte, ponen el acento en un aspecto concreto de la marginación: el desprecio. Así, Carlos Tobar y Adriana Rodríguez afirman que, entre los emberá chamí del valle del Cauca (Colombia), “en los géneros informativos se activan dinámicas sociales para la invisibilidad y el desprecio” (p. 361). Pero es Andreu Viola quien destaca más claramente lo que él llama el “linchamiento televisivo” (p. 371) de las mujeres indígenas de origen andino en el Perú. Para el autor, los “mensajes estereotipados y ofensivos” (p.372) en cierto programa humorístico de la “televisión comercial” peruana mostrarían “la escasa, cuando no nula, voluntad de inclusión (y de respeto)” (p. 375) “por la vida de la población quechua y aymara” (p. 376). Estamos, pues, frente a un “humor racista” (p. 382) que correspondería a lo que el autor considera como el “carácter racista de la sociedad peruana” (p. 377), cuyo peso, a pesar de reconocer otros aspectos de la violenta discriminación social en ese país, es enfatizado hasta el punto de postular tanto un “origen/fenotipo andino” (p. 377) como un “mecanismo psicológico de defensa” (p. 386) que explicaría los desacuerdos en la misma recepción del programa televisivo en cuestión.

Pero esta narrativa de “resistencia”, como una unidad, frente al exterior no es la única expresión de la asociación “secular” entre poder y medios de comunicación. Gracias a Rafael Coelho, contamos también con un capítulo que resalta el conflicto interno. En efecto, el autor describe el caso de los “talleres de formación y capacitación del pueblo xavante para la producción de sus propios medios de comunicación” (p. 319). Aquí, el uso de tecnologías de información refleja no una voluntad de resistir, conservar o preservar algo propio frente al exterior, sino más bien unas dinámicas conflictivas internas al grupo: “el conflicto político y la disputa por el poder entre las facciones [xavante], tuvieron gran influencia y determinaron la formación de los grupos del proyecto. Las facciones disputaron y utilizaron el proyecto como una herramienta política para la búsqueda de prestigio y poder en su conflicto político. La antigua facción dominante se apropió del proyecto... los medios de comunicación no fueron capaces de solucionar ni tampoco de mediar en los conflictos políticos internos de la aldea. Por el contrario, reforzaron la disputa debido al control del proyecto por parte de una de las facciones” (pp. 337-338).

La segunda forma de asociación entre palabra y poder parece representada en esta compilación solo por el capítulo de Pitarch dedicado a las “razones culturales profundas”, las “concepciones indígenas” (p. 61) o “la lógica tradicional indígena del ser y la palabra” (p. 83). En Chiapas, “la palabra es subjetivada hasta ser convertida en un ser con voluntad propia, voz, motilidad, algo que se independiza hasta cierto punto de su enunciador” (p. 63). Según Pitarch, “el propósito de la radio indígena... no es... la ‘comunicación’... [sino que] la palabra de la radio está dirigida a fundar comunidades de seres ontológicamente distintos... El lenguaje de la radio no posee un valor semántico... sino ontológico... Lo dicho no es tan importante como la potencia generativa de decir” (p. 83). A pesar de ser menos frecuente que los estudios sobre la relación secular entre poder y palabra en esta compilación, esta perspectiva sobre la “dimensión ontológica activa” (p. 13) de la palabra parece inspirar invocaciones como aquella de la introducción al libro de una “lógica de la oralidad” (p. 19) que “estructura toda la comunicación amerindia” (p.12).

En suma, con su interés explícito en la oralidad, la radio y la marginación, y con su énfasis tácito en las relaciones entre la palabra y el poder (sea en dominios ontológicos o en espacios seculares entregados a las dinámicas del activismo, la resistencia, el desprecio o las disputas intestinas), este valioso libro constituye una mirada etnográfica sumamente interesante al estado actual de los alcances contemporáneos de los estudios (sobre todo en lengua castellana y desde España) de pueblos inmersos, desde su marginalidad, en la globalización.

Juan Javier Rivera Andía  
Polish Institute of Advances Studies (PAN)  
[jjriveraandia@gmail.com](mailto:jjriveraandia@gmail.com)